

La fuerza del perdón

*Diana Carolina Romero Murillo
Estudiante Licenciatura en Educación Básica
Con Énfasis en Lengua Castellana
Universidad del Tolima – IDEAD*

Nadie nos salva excepto nosotros mismos.
Nadie puede y nadie debería.
Nosotros mismo debemos andar en el camino.

Anónimo

“Me ha dicho que le duele el aire, que la sangre quema sus venas y que su cama es de alfileres, porque perdió la mujer que ama en alguna de las vueltas del camino”. (Restrepo, 2001, p. 13), es una frase de la novela *La multitud errante* de la escritora colombiana Laura Restrepo. Fue publicada en el año 2001, en la cual se narra la vida del desplazamiento forzoso de cientos de familias que deben asumir una guerra que no les pertenece, encadenándose a un sufrimiento personal que la vida misma imparte al rechazar la reconciliación con el perdón, de tal manera que se refugia la frustración en el interior de cada ser humano, impidiendo cicatrizar ese padecimiento que atormenta el alma, por la ajena crueldad del conflicto armado.

Habría que decir también, que esta narrativa plasma una historia en donde su protagonista principal Siete por Tres, una personaje cuyo nombre nunca es rebelado y que permanece en el anonimato; como cientos de desplazados se convierte en un ser de ficción cuyo nombre será una incógnita como refiere Eagleton: “una obra de ficción puede contarnos que uno de los personajes está ocultando su verdadero nombre bajo un seudónimo, pero aunque nos cuenten cual es el verdadero nombre, formará parte de

la ficción en la mis medida que el seudónimo” (2013, p. 38).

Es, por tanto, que este personaje identifica en esta obra de ficción a uno de los tantos emigrantes que deja la guerra incomprensible en el mundo, simboliza un permanente peregrinaje en busca de una mujer llamada Matilde Lina; indiscutiblemente esta figura de mujer hace alusión a la felicidad dentro de tanta angustia que permea el diario vivir de los grupos de desplazados que anhelan una paz, dándole de alguna manera sentido a su existencia. De tal manera, que se convierte en una especie de duelo para el desplazado aferrarse a algo que le dé sentido a su existencia, pero ese sentimiento los condena a vivir sin una paz interna, doblegados ante el dolor: “Sucede también, como aquella mujer que persigue, habita en los entresueños del limbo y se acopla, como ella, a la nebulosa condición intermedia” (Restrepo, 2001, p. 14), es por lo tanto, que esa búsqueda incansable de esa tranquilidad se convierte en un todo y en nada.

Al mismo tiempo, “envueltos en un aura enferma, arrastrando un cansancio de siglos y tratando de mirar hacia delante con ojos atados a los que han dejado atrás” (Restrepo, 2001, p. 17); su sufrimiento se aferra a los seres queridos que han muerto tras estos combates, que dejan ríos de sangre, con una realidad absurda de este mundo deshumanizado, atormentados por buscar una tumba en la cual llorar y así comenzar su

duelo interno, para poder desprenderse de esa realidad tormentosa que les agobia el espíritu y sufrimiento a el cual se condenan en su diario vivir “como si dejar de nombrarla significara acabar de perderla o como si evocarla frente a mi fuera su mejor manera de recuperarla” (Restrepo, 2001, p. 20).

Mientras tanto la vida va mostrando caminos de alianza y de perdón para no contagiarse de rencor, cortando el lazo de la violencia; por lo que la escritora crea un personaje llamado Ojos de Agua, que se convierte en una vocera de paz en medio del conflicto, la cual se enamora de Siete por tres. Ella lo conoce y lo contempla como un ser con una osadía indescriptible, el cual genera en ella un sentimiento de amor, pero que se ve envuelta en un triángulo amoroso ya que él está enamorado de Matilde Lina, mujer que busca sin cansancio en todos los albergues que se encuentra a su paso. A medida que se da su acercamiento a Ojos de Agua, se encuentra con un sentimiento que no es reciproco por parte de Siete por Tres, del cual encontrará un rechazo constante que la estrechará con el sentimiento del desamor: “Aquí hay dolor, aquí me espera el dolor, de aquí debo huir” (Restrepo, 2001, p. 23).

De manera que, a pesar que se aspire a una paz, se encuentra con un muro de recuerdos imborrables que condenan a la desolación para las personas que han vivido el conflicto, y es que sólo se puede encontrar la serenidad y el consuelo en uno mismo, no se puede pretender buscar en otra persona lo que está en nosotros, el camino de la paz se recorre en el interior de cada ser humano, olvidando el ruido de las balas, porque la venganza no construye, la venganza desaparece más inocentes y destierra a más campesinos, así como se hace referencia en esta frase “Éramos víctimas pero también éramos verdugos” (Restrepo, 2001, p. 35), ya que no existe una terminación de la guerra si no se cierran ciclos, de esta manera se alimentará la tiranía y rencor.

Ahora bien, como sociedad se puede dar un cambio puesto que no sería justo seguir cosechando esta violencia con las generaciones venideras, y es que se debe garantizar un restablecimiento de derechos para todos por igual, y andar un camino de pacificación porque sólo el cambio de mentalidad individual genera uno colectivo. Debe existir un compromiso de la amabilidad y el reconocimiento de que somos seres con pensamientos distintos y quizás desde ese respeto hacia la opinión del otro empiece una verdadera reconciliación, no hay que encadenarse a un sentimiento que genere sufrimiento de odio, hay que desligarse de lo que nos contamine como sociedad, “-Eres tu quien mantiene atada al tormento en su falsa vigilia. Deja que se desprenda en paz; no lo acucies con la insistencia de tu memoria” (Restrepo, 2001, p. 71).

Entonces, se tiene un compromiso moral con los que no han hecho parte de la guerra, aboliendo el camino de esa multitud errante que está sesgada por el odio, como hace referencia esta expresión “Detrás de este aire de derrota está vivísimo el rencor –me advirtió--Huyen de la guerra, pero la llevan adentro, porque no han podido perdonar” (Restrepo, 2001, p. 101). Es, por ende, que la invitación que se propone esta narrativa, es a la de un cambio progresivo hacia la hermandad, dejando a tras la sed de venganza.

Hay que mencionar, además, que debe de existir una reconciliación, que este personaje creado por Restrepo, Siete por Tres, representa a millones de personas en el marco del conflicto armado liberándose de las ataduras de la guerra, del agobio, del quebranto de su alma y se desprenda de Matilde Lina, encendiendo la búsqueda de la fe; sólo de esta manera es que se logra dignificar la memoria de los desaparecidos en los miles de conflictos del mundo, iniciando una contribución a la edificación de la cultura de paz.

Por consiguiente, se debe realizar un cambio al chip de violencia, es claro que no se pueden

olvidar tantos recuerdos de dolor que dejó el paso de la guerra, pero no se puede alimentar y vivir para siempre enfrascados en ella, se debe a sumir una posición de cambio positivo y dejar entrar a Ojos de Agua. De esta manera, a nuestras vidas llegará la paz espiritual que no se busca en otro lado, sino que tenemos al alcance de nuestras manos, siendo un símbolo de reconciliación y perdón, dejando a tras el sentimiento de odio, que nos condena a vivir en desolación en donde los desaparecidos no tendrán descanso, y con esto no se pretende el olvido, sino por el contrario se anhela un recuerdo que no queme y lastime, no nos podemos convertir en una sociedad que busca justicia por sus propias manos, que desea ríos de sangre, debemos de volcarnos y convertirnos en pacifista.

Por consiguiente, iniciaremos el camino hacia la libertad abandonando “la zozobra del clavadista que quiere y no puede lanzarse desde las alturas de una roca hacia un pozo profundo, y que se para justo al borde, avanzando centímetro a

centímetro hasta que sus pies asoman al vacío, pero en el instante previo al decisivo prefiere retroceder.” (Restrepo, 2001, p. 130).

Finalmente, lograremos esa paz que consuela y da tranquilidad perdonando y liberándonos de las ataduras de la guerra, iniciando un cambio, de esta manera la sociedad logrará traspasar las fronteras del rencor, teniendo una conciencia para que la historia no se repita de generación en generación. Esta novela nos invita a tener confianza, protagonismo y liderazgo positivo, para concientizarnos que no podemos heredar a nuestros hijos la tiranía de la violencia dejando a tras esa multitud errante, buscando una reconciliación con nuestros victimarios, añorando que las nuevas generaciones serán sociedades pacifistas buscando un bien común y teniendo la clara convicción que nos esperan días de tranquilidad y “El resplandor que me deslumbra en esta noche quieta, y que regala estas ganas de creer que nos arrullan días amables pese a todo”. (Restrepo, 2001, p. 137).

Referencias bibliográficas

Eagleton, Terry, (2013) *Como leer literatura*. México. Random House.

Restrepo, Laura, (2001) *La multitud errante*. Colombia: Editorial Norma.

Referencia

Diana Carolina Romero Murillo. *La fuerza del perdón*

Revista Ideales (2020), Vol. 11, 2020, pp. 136 - 138

Fecha de recepción: noviembre 2019 Fecha de aprobación: agosto 2020